

—Rústico,—respondió el hombre,—yo no debía ser enterrador. Mi padre era portero en el Pritaneo. Me dedicaba á la literatura; pero llovieron sobre él muchas desgracias; tuvo pérdidas en la Bolsa, y yo he tenido que renunciar á ser autor. Sin embargo, todavía soy escritor público.

—¿Luego no sois enterrador?—prorrumpió Fauchelvent, agarrándose á esta rama, demasiado débil en verdad.

—Lo uno no impide lo otro.

Fauchelvent no entendió esta frase.

—Vamos á beber,—dijo.

Aquí es indispensable una observación.

Fauchelvent, por más inquieto que estuviese, convidaba á beber; pero no se había fijado en un punto: ¿Quién había de pagar? Casi siempre convidaba él, pero pagaba el tío Mestienne. Su convite de entonces era evidentemente un resultado de la nueva situación creada por el nuevo enterrador, le era necesario el convite; pero el viejo jardinero dejaba en la sombra, no sin intención, el proverbial cuarto de hora de San Martín. Fauchelvent, á pesar de su emoción, no se acordaba de pagar.

El enterrador contestó con una sonrisa de superioridad:

—Es indispensable comer. He aceptado el cargo de sucesor del tío Mestienne. Cuando uno ha concluido casi sus estudios, es filósofo. Al trabajo de la mano he añadido el del brazo, y tengo mi biombo de memorialista en la calle de Sévres. ¿Sabéis? El mercado de los paraguas. Todas las cocineras de la Cruz Roja vienen á mí; y yo les compongo sus declaraciones á los novios. Por la mañana escribo cartas amorosas, y por la tarde abro hoyos de muerto. Esta es la vida, compadre.

El carro avanzaba. Fauchelvent, en el colmo de la inquietud, miraba á todas partes; gruesas gotas de sudor caían de su frente.

—Pero,—continuó el enterrador,—no se puede servir á dos señores; y tengo que elegir entre la pluma y el azadón. El azadón me estropea las manos.

El carro fúnebre se detuvo.

El monaguillo bajó del coche enlutado, luego el cura.

Una de las ruedas delanteras del carro subía un poco sobre un montón de tierra, detrás del cual se veía una fosa abierta.

—¡Vaya una farsa!—repitió consternado Fauchelvent.

## VI

### Entre cuatro tablas.

¿Quién estaba en el ataúd? ya lo sabíamos, Juan Valjean.

Juan Valjean que se las había arreglado para vivir allí dentro, y apenas podía respirar.

Es ciertamente extraño calcular hasta qué punto nos da seguridad en todo la seguridad de la conciencia. La combinación ideada por Juan Valjean iba adelante, y marchaba perfectamente desde la víspera. Contaba él, como Fauchelvent, con el tío Mastienne, y no le cabía la menor duda acerca del final. No puede darse situación más crítica ni calma más completa.

De las cuatro tablas del ataúd se desprendía cierta horrible paz. La tranquilidad de Juan Valjean tenía mucho del reposo de la muerte.

Desde el fondo del ataúd había podido seguir, y seguía, todas las fases del terrible drama que estaba representando con la muerte.

Poco después de haber clavado Fauchelvent la tapa del ataúd, sintió Juan Valjean que le llevaban y luego que rodaba. Conoció también, por la suavidad del movimiento, que pasaba del empedrado á la arena, es decir, que salía de las calles y entraba en el paseo. Al oír un ruido sordo adivinó que atravesaba el puente de Austerlitz. Por la primera parada comprendió que entraba en el cementerio. A la segunda se dijo: Aquí está la fosa.

Sintió que cogían bruscamente la caja, y oyó un áspero rozamiento en las tablas; conoció que ataban una cuerda al ataúd para bajarle al hoyo.

Después tuvo una especie de vértigo.

Probablemente los sepultureros y el enterrador habían hecho oscilar el ataúd, y había bajado la cabeza antes que los pies. Volvió pronto en su acuerdo, y vió que estaba horizontal é inmóvil. Había llegado al fondo del hoyo. Sintió una especie de frío.

Oyó resonar sobre él una voz glacial y solemne y oyó como pasaban, tan claramente que podían distinguirlas una tras otra, palabras latinas que no comprendía:

—“Qui dormiunt in terrae pulvere, evigilabunt; alii in vitam aeternam, et alii in opprobrium, ut videant semper”.

Una voz infantil contestó:

—“De profundis”.

La voz grave volvió á oírse diciendo:

—“Requiem aeternam dona ei Domine”.

La voz infantil respondió:

—“Et lux perpetua luceat ei”.

Sintió sobre la tapa del ataúd algo como el débil choque de algunas gotas de ligera lluvia. Era probablemente el agua bendita.

Entonces calculó: Ya esto se acaba. Tengamos todavía un poco de paciencia. Ahora se irá el cura; Fauchelvent se llevará á beber á Mestienne, y me dejarán. Después vendrá solo Fauchelvent y yo saldré de aquí. Es cosa de una hora.

La voz grave repitió:—“Requiescat in pace”.

Y la voz de niño dijo:

—“Amen”.

Juan Valjean, siempre atento al oído, sintió como un ruido de pasos que se alejaban.

—Ya se alejan,—pensó.—Estoy ya solo.

Pero de repente oyó sobre su cabeza un ruido que le pareció el del trueno que despidió el rayo.

Era una paletada de tierra que caía sobre el ataúd.

Una segunda paletada de tierra sucedió á la primera.

Uno de los agujeros por donde respiraba quedó obstruido.

Cayó otra paletada. Después otra.

Hay cosas más fuertes que el hombre más fuerte. Juan Valjean perdió el conocimiento.